



2º Programa: “*problemas personales*”

por ejemplo:

- el niño zurdo
- problemas de lenguaje
- el niño distraído
- el niño miedoso
- el niño que se masturba
- psicoanálisis de la persona
- el niño ansioso, inestable
- deficientes físicos
- el niño que se orina en la cama
- el niño que se muerde las uñas
- el niño que se chupa el dedo
- el niño que sueña en alto
- el niño que no quiere comer
- el niño goloso
- la elección de carrera
- el niño ante la muerte
- el sentimiento de inferioridad
- el sentimiento de culpabilidad
- caracteres difíciles
- el niño que fracasa
- el niño enfermo
- el niño indiferente
- el niño miedoso
- el niño que tiene tics, etc.

EL NIÑO QUE FRACASA

Tanto los estudios de los especialistas como la simple observación de los hechos parecen coincidir en que el éxito y el fracaso escolar dependen, en general, del nivel de inteligencia. A buen nivel de inteligencia corresponden por lo general buenos resultados escolares. A bajo nivel de inteligencia, resultados bajos o insuficientes.

Sin embargo, con un poco de experiencia se puede comprobar que, a veces, niños que parecen inteligentes fracasan en los estudios, mientras que otros obtienen resultados superiores a lo que de su inteligencia se podría esperar, aunque esto suceda raramente.

De todo esto podemos sacar dos conclusiones:

- 1º El nivel de inteligencia está en relación directa con las probabilidades de éxito.

- 2º Hay algunos factores que pueden alterar esta relación.

Qué es la inteligencia

Para poder estudiar la relación entre la inteligencia y los resultados escolares, conviene en primer lugar aclarar, dentro de lo que se pueda, qué es la inteligencia.

Siguiendo a Piaget (citado por F. G. Pencelet en "La Nouvelle Revue Pédagogique", mayo 1971) podríamos decir que en el proceso de un acto inteligente hay dos movimientos: Uno de percepción y otro de reacción o de respuesta. Percibir bien y responder bien son los dos pilares de una buena inteligencia.

PERCIBIR BIEN es captar con claridad el objeto, el problema, la circunstancia. Saber distinguirlo de otros objetos parecidos, poder clasificarlo, valorarlo y relacionarlo con otros objetos conocidos en el momento o en el pasado. Formar de ese objeto una idea o concepto original y adaptado a la realidad.

RESPONDER BIEN es ordenar una acción positiva: actitud, conducta o realización material, acomodadas a las diversas situaciones y que satisfacen a la persona.

Factores positivos y negativos

En todo proceso intelectual pueden intervenir, y en realidad siempre intervienen, algunos elementos que lo favorecen y otros que lo perturban.

En primer lugar, para que el niño perciba bien, debe hacer consciente el impulso (instinto, apetito) de conocer. La experiencia de un fracaso anterior puede inhibir este impulso, lo mismo que el temor de no alcanzar éxito en un proceso competitivo, el deseo inconsciente de atraer la atención de los padres o los maestros, o la revancha contra el que no reconoce, según él, sus propios méritos o valores.

Además de esta motivación interna, es de gran importancia la motivación externa, desde la creación de un clima agradable y espontáneo hasta la presentación concreta de los intereses propios de cada edad y de cada individuo.

En el acto de la percepción intervienen también la agudeza o los defectos de los sentidos, la salud o las perturbaciones sicomotoras del niño, incluso otros factores más externos como la postura, la hora del día, la temperatura ambiental, etc.

Continuando en el mismo proceso de la percepción y para que llegue a aparecer un concepto claro y bien encuadrado y adaptado a la realidad presentada, son de gran importancia las experiencias y conocimientos pasados. De ahí que el ambiente cultural en que se mueve el niño, la comprensión del vocabulario empleado por los maestros, y los conocimientos ya adquiridos tengan una influencia decisiva en las ideas que se producen en su mente.

El problema de las habilidades

En la respuesta o reacción inteligente interviene aún muchos de los factores antes enumerados al hablar de la percepción, pero los más específicos de esta segunda parte del proceso intelectual son los que se refieren a las habilidades sicomotoras y expresivas. Cualquier defecto del sistema nervioso o motriz, cualquier traba originada por la pobreza de vocabulario y falta de conocimiento de la lengua hablada, pueden perturbar y ensombrecer la expresión de la inteligencia.

El paso al objetivismo

Además de este proceso del acto inteligente que puede aplicarse a cualquier persona, niño o adulto, existe en el primero un fenómeno de desarrollo progresivo que debe tenerse en cuenta. El niño, al comienzo, tiende al egocentrismo. Es incapaz de captar simultáneamente todos los aspectos de un conjunto. Un detalle capta toda su atención y es incapaz de relacionarlo con otras partes del conjunto. Su percepción tiende a aislar y a separar del resto. Es necesario favorecer el desarrollo natural de la inteligencia, que debe ir tendiendo hacia el análisis y la síntesis. Esto se logrará ayudándoles a alejarse del objeto para poder percibirlo en relación con otras partes de la misma realidad y no sólo en su relación con el sujeto. Sólo así se podrá pasar del subjetivismo a la objetividad y de lo concreto a lo abstracto.

Conclusión

Tal vez sea más interesante ayudar al niño a ser inteligente que descubrir su nivel de inteligencia.

Si la inteligencia es, ante todo, una organización de la mente para lograr respuestas adaptadas a las circunstancias que se presentan, requiere en todo momento estímulo, iniciativa, actividad. La presencia de una motivación variada, de una libertad de investigación y de la posibilidad de elaborar una respuesta original y propia serán las condiciones fundamentales para el desarrollo de la inteligencia.

José Luis LAREDO

